

cio literario, aseguraba con una heroica buena voluntad que el mérito histórico de Pezoa Véliz consistía en haber abierto el camino para que él y Gabriela Mistral ("yo y Gabriela Mistral") dijeran su canto. Yo me permití decir en mi artículo que siendo ese capítulo una cuestión que seguramente decidirían los historiadores del porvenir era otra más grande la trascendencia de la obra de Carlos Pezoa Véliz. Por incurrir en tal irreverencia, Arturo Torres Rioseco, colocándose en el plano absurdo de una superioridad ridícula, me llama "escritor provinciano", habla "del énfasis muy americano del periodista chileno" y dice que las diferencias que establece en mi comentario entre lo popular y lo vulgar las he copiado de un ensayo de Pedro Henríquez Ureña que no he leído y que según Torres Rioseco se ha publicado recientemente en Buenos Aires.

Para este escritor, que se atribuye a sí mismo proyecciones universales, está en Buenos Aires el Vaticano de la verdad literaria y lo que dice, bien ó mal, un hombre de Santiago de Chile ha de ser copia o plagio de lo que coincidentemente piensa Pedro Henríquez Ureña por publicar este escritor sus ensayos en Buenos Aires.

No puede así no más improvisarse un alma generosa a pesar de ocupar toda una abundante y gárrula literatura como escenario de conmovedoras actitudes y gestos ejemplares. Gestos y palabras que con pueril versatilidad se cambian en la más baja y procaz artillería del insulto gratuito a un roce leve experimentado por la desmesurada y casi patológica idea de sí mismo que para su uso personal se ha fabricado Arturo Torres Rioseco.

Son tristes y desoladamente reveladoras de una pequeña y ruin intimidad las virulentas manifestaciones que suelen brindarnos algunos escritores por cuya obra pudimos sentir alguna estimación. El no quemarles incienso en una actitud de adoración devota les parece sacrilegio y claman anatema haciendo sonar todas las campanas del escándalo.

En este caso he querido recoger el insulto y dejarlo registrado como un episodio risueño de un intento mío sincero y honrado de hacer una revisión de las letras chilenas. No voy a responder, pero voy a señalar el fenómeno como una degeneración morbosa de la vanidad literaria. El orgullo se pone en las grandes obras; en concebirlas, en realizarlas. La vanidad es su sombra mezquina y sirve para empujar por los caminos del ridículo a quienes, creyéndose autores de obras que sólo han soñado, imaginan que el mundo gira alrededor de sus desplantes histéricos.

Lo que concretamente urge destacar de esta glosa es el nombre de Carlos Pezoa Véliz, a quien ahora Torres Rioseco quisiera desconocer hasta la gloria de haberle abierto a él el camino. Y así como a mí me hace copiar un ensayo de Henríquez Ureña que no ha leído, presenta a Carlos Pezoa Véliz como plagiario de Ada Negri. Este punto merece examen y estudio. Los que a mí se refieren quedan rechazados por pequeños y violentos. Son los exabruptos de una vanidad en delirio. Los anoto pero no los comento.

Con muy poca coherencia, lo que no

HÁGASE DE ESTAS OBRAS DE EMERSON

<i>Vida y Discursos</i> . 2 vols.	8 50
<i>Diez Ensayos</i>	4 25
<i>Diez nuevos Ensayos</i>	4 25
<i>Doce Ensayos</i>	4 25
<i>Hombres simbólicos</i>	4 25
<i>La Ley de la Vida</i>	4 25

Dirijase al Adm. del Rep. Am.

prueba precisamente el método del profesor, dice Torres Rioseco que Pezoa Véliz no es tan popular como yo lo creo "pues siguió muy de cerca, pero tan de cerca, que a veces parece plagio, a algunos poetas europeos". Este hombre vive trabajando por la idea del plagio. A renglón seguido nos copia *Tarde en el Hospital* de Pezoa Véliz y *Nevicata* de Ada Negri. Según nuestro bético impugnador universitario la poesía de Ada Negri se publicó en 1892 en el libro *Fatalita*. Sus anteriores dogmáticas aseveraciones hablan del crédito que se puede dispensar a lo que afirma.

Dice la *Nevicata* de Ada Negri:

Sui campi e sulle strade
Silenziosa e lieve,
Volteggiando, la neve

Cade.

Danza la falda bianca
Ne l'ampio ciel scherzosa,
Poi sul terren si posa

Stanca.

In mille immote forme
Sui tetti e sui camini,
Sui cippi e net giardini

Dorme.

Tutti dintorno é pace;
Chiuso in oblio profondo,
Indifferente il mondo

Tace.

Ma ne la calma immensa
Torna ai ricordi il core,
E ad un sopito amore

Pensa.

En su *Tarde en el Hospital*, solloza Pezoa Véliz.

Sobre el campo el agua mustia
cae fina, grácil, leve;
con el agua cae angustia:

llueve...

Y pues solo en amplia pieza,
yazgo en cama, yazgo enfermo,
para espantar la tristeza,

duermo.

Pero el agua ha lloriqueado
junto a mí, cansada, leve;
despierto sobresaltado;

llueve...

Entonces, muerto de angustia,
ante el panorama inmenso,
mientras cae el agua mustia,
pienso...

¿Es tan evidente, como Torres Rioseco se lo imagina, la trayectoria del plagio? No me parece. No me ciego por la pasión y por eso copio literalmente las dos poesías para que otros lean, comparen y mediten. Pero todavía hay un punto que Torres Rioseco no considera y que es indispensable para situar a Pezoa Véliz; el del medio en que el poeta vivió, sus amigos, sus lecturas. Repase Torres Rioseco cuanto se ha escrito acerca de Pezoa Véliz, hable, como yo lo he hecho, con sus amigos y contemporáneos y se dará cuenta de que era muy pobre y muy escasa la fuente de la información literaria del poeta. Su formación intelectual era deplorable, constituían sus lecturas folletines espesos y seguramente no tuvo noticias de la existencia de Ada Negri ni de los poetas simbolistas de Francia cuya obra se propone escudriñar heroicamente Torres Rioseco para dejar constancia de la influencia que ejercieron sobre Pezoa Véliz.

Esto promete hacer el hombre que se queja de ingratitud de sus compatriotas para honrar la memoria del poeta cuya gloria consiste en haberle abierto el camino a él, el primero, como ya hace diez años nos lo aseguraba el propio Torres Rioseco adelantándose valiente y conmovedoramente a la crítica y la historia.

Hay que considerar además que *Tarde en el Hospital* expresa un estado de alma muy íntimo, próximas ya las angustias de la muerte, y que se hace muy difícil admitir la idea del plagio en tan patética situación. Y se complica más esta interpretación de la actitud literaria de Pezoa Véliz cuando se le quiere atribuir como modelo una poesía escrita en un idioma extranjero a él que seguramente leía sólo en la lengua propia. No quiero incurrir en el vicio que deploro en Torres Rioseco y doy a estas opiniones un carácter hipotético y provisional. No está demás un poco de duda y escepticismo frente a las afirmaciones rotundas, dogmáticas, definitivas. Prometo, no obstante, ampliar y ahondar en este punto de vista estudiándolo directamente con quienes conocieron al poeta en la intimidad.

Finalmente Torres Rioseco me remite a la edición de Pezoa Véliz de Armando Donoso, libro que me sirvió de punto de partida para tejer mis breves comentarios. El catedrático universitario, que presume de escritor cosmopolita y universal y para quien es un articulista provinciano el que se atreve a nombrar su megalomanía, rinde culto a la majestad de la letra impresa. No comprende que leyendo un libro que él ha leído se permita uno pensar todo lo contrario, de lo que el libro expresa. Para él todavía es un mandamiento el *magister dixit*. A esto conduce el melodrama de la independencia personal pregonado a voz en cuello desde Yanquilandia para que resuene con eco estentóreo en nuestras selvas. Las virtudes voceadas por quienes se dicen sus protagonistas son siempre virtudes sospechosas.

Por ahora, y a pesar de las iras de Júpiter, sólo respondo con un signo de interrogación a la evidencia del plagio de Pezoa Véliz a Ada Negri que plantea Torres Rioseco como un artículo de fe. Cuando pasen los años y el propio Torres Rioseco se convenza de que Pezoa Véliz vino al mundo a algo más importante que a abrirle el camino, nuestro impulsivo y versátil catedrático será el primero en reconocer quién sabe si hasta melancólicamente, que sus arrebatos actuales no eran sino una manera de ocupar una abundancia de energía nerviosa que no hallaba en California teatro propicio a sus delirios espectaculares.

Roberto Meza Fuentes

(De *El Mercurio*.
Santiago de Chile. 7-IX. 1930.)